



EPHRAIM GEORGE SQUIER COSTUMBRES NICARAGÜENSES

JIMMY AVILÉS AVILÉS

LUEGO DE RECORRER —con itinerario que puede precisarse— la mayor parte del Pacífico nicaragüense, desde Rivas hasta Chinandega, con mayor permanencia en León y Granada, transitando por “caminos reales,” “caminos carreteros,” rondas de pueblos,” “veredas” y hasta “trochas,” y convivir —observando con ojo de extranjero— con los habitantes de las principales ciudades y pueblos del país, entre los años 1849 y 1850, el diplomático norteamericano George Ephraim Squier; vía la excelente traducción de Luciano Cuadra¹ nos legó uno de los testimonios

1 Para el presente trabajo se ha fijado la edición correspondiente a: Squier, George Ephraim, *Nicaragua, sus gentes y paisajes*, traducción de Luciano Cuadra Vega, Editorial Universitaria Centroamericana (EDUCA), San José, Costa Rica, 1970, primera de las tres ediciones en español, la segunda también de EDUCA en 1972 y la tercera de la Editorial Nueva Nicaragua, Managua, Nicaragua, 1990; con prólogo de Jorge Eduardo Arellano,

más ricos en detalles —verdaderas fotografías escritas— de las costumbres de quienes poblaban Nicaragua en la mitad del siglo XIX. Verdaderas “referencias a las costumbres solariegas de nuestros bisabuelos,” según el Dr. Jaime Incer Barquero.²

Tan cierta dicha afirmación que Squier inicia y concluye su libro haciendo referencias a las costumbres de los nicaragüenses;³ así mismo su traductor —*nica hasta decir quitá*— apunta y acierta en su Nota del Traductor, sobre la aguda observación de Squier, relacionada al carácter y costumbres de los habitantes del país.⁴

La estadía de un año (junio 1849–junio 1850), le permitió a Squier ser testigo presencial, tanto de costumbres citadinas, como campesinas; refiriendo muchas de ellas, en especial las religiosas con minuciosidad y detalles de gran valor descriptivo, tal como la festividad de la Navidad en la ciudad de León.

Sin embargo, por rigor científico, previo al abordaje del tema, hay que hacer algunas advertencias y consideraciones referentes a algunos conceptos básicos, importantes metodológicamente,⁵ sobre el autor, al origen de las costumbres en Nica-

nota del traductor y prefacio; estructurada en cinco partes: I. Introducción, II. Narrativa, III. El proyectado canal interoceánico, IV. Aborígenes de Nicaragua, y V. Breve historia política de América Central. En esta tercera edición en español se agregan las tres últimas partes suprimidas en las ediciones de EDUCA 1970 y 1972. Todas las ediciones en español se basaron en la cuarta edición en inglés de *Nicaragua; its people, scenery, monuments, resources, condition, and proposed canal, with one hundred original maps and illustrations*, Harper & Brothers, New York, 1860. Esta cuarta edición, “más ligeramente revisada,” en relación a la primera edición simultánea en 1852 por las editoriales D. Appleton & Co. y Logman Brown & Logmans, ambas en dos volúmenes, seguida por una segunda edición en 1853 y una tercera en 1856.

2 Incer Barquero, Jaime; “E.G. Squier: su tiempo, su misión y legado,” en *Nicaragua en el siglo XIX vista por E.G. Squier*, Managua, Banco Central de Nicaragua, 1999, p. 7.

3 Squier, pp. 13, 517.

4 Squier, p. 577.

5 Por razones metodológicas y prácticas, apropiándonos de conceptos sociológicos, hay que establecer y partir, de lo generalmente aceptado por esta ciencia, como “pautas de comportamiento,” entendida, como “la uniformidad de obrar y de pensar que se produce regularmente entre una pluralidad de personas” (Fichter, 1969); deteniéndonos

ragua, a la situación interna del país, la circunscripción geográfica y la influencia de los emigrantes en las costumbres nicaragüenses.

Sobre el autor debe aclararse que para este trabajo es considerado como un viajero o cronista, que en primer lugar es un extranjero, cumpliendo una misión diplomática del gobierno norteamericano, cuya meta principal era hacer las gestiones pertinentes, ante las autoridades nacionales, para construir un canal interoceánico, claramente expresado por Squier en su discurso dirigido al “Señor Director de la República de Nicaragua,” en el que textualmente dice: “no está lejano el día en que el comercio de los dos hemisferios encontrará a través de vuestro territorio fácil acceso de uno a otro mar,”⁶ a pesar que el objetivo del libro, tal como él mismo lo establece es —refiriéndose a Nicaragua— “dar una idea de su geografía, paisajes, recursos naturales y riqueza arqueológica, así como el carácter, costumbre, y condición actual de sus habitantes.”

Se hace esta advertencia partiendo de que un “viajero-cronista” extranjero y diplomático, pese a su formación y conocimientos, para el caso, no era un especialista en psicología social,

en la subdivisión de éstas en “pautas reales o “abiertas,” asumida como aquella que “es directamente observable” y especificando que tal es “una acción observable y computable, que sucede con frecuencia, es compartida por muchas personas y que posee algún significado social.” Tal pauta de comportamiento cultural establece su jerarquía dependiendo de: A. su *universalidad*, B. *presión social* y C. *valoración social*. A su vez, estas pautas se clasifican en: 1. *normas*, 2. *costumbres*, y 3. *usos*. En orden de complejidad e importancia, se define a las *costumbres* como: “Las pautas de comportamiento sumamente extendidas, pero menos obligatorias que las normas. Se las considera como “lo que se hace,” pero no se imponen estrictamente” (Fichter, 1969), o dicho de otra forma, “es toda una serie de actos estereotipados y más o menos especializados que se llevan a cabo rutinariamente, conforme a una pauta realmente aceptada en un grupo determinado; pero también entendida como “los patrones de acción a que la mayor parte de las personas responden subconscientemente haciendo lo conveniente y debido en cualquier situación social” (Inkels, 1977). Si se entiende la cultura como la estructura total organizada de todas las pautas de comportamiento, las *costumbres*, en cuanto tales, junto a las *normas* y los *usos* —en buena medida— expresan el grado o nivel de desarrollo cultural de un pueblo en un momento histórico determinado.

⁶ Squier, p. 191.

sociología o antropología cultural, y ante las costumbres, puede reaccionar subjetivamente y de diferentes formas: desconociéndolas, sorprendiéndose, comparándolas, aceptándolas, desagradándoles, opinando a favor o en contra, etc.

Por tales razones habrá que someter lo escrito por Squier en relación a las costumbres, a una “profilaxis científica,” descontaminación o “limpia,” que permita —aunque no químicamente pura— abordarlas, excluyendo prejuicios ideológicos y culturales, que finalmente inciden —distorsionando— el material presentado. Por ello se hará hincapié en aquellas costumbres que felizmente han sido “descritas” por el autor.

Por ello se evitará abordar aquellas características que en el libro se refieran a la “idiosincrasia” del pueblo nicaragüense,⁷ ya que por provenir de opiniones personales, bien pueden estar reñidas con la objetividad y hasta pecar de etnocentrismo. Ello no niega que muchas de las observaciones de Squier, estén llenas de mucha agudeza, humor y picardía, y desde luego de verdad.

De lo expresado, surge la pregunta ¿Qué papel debe jugar quien escribe en relación al que escribió abordando las costumbres de un pueblo? Además de lo ya planteado, haciendo énfasis en lo descriptivo-objetivo, debe en lo posible, completar o complementar, así como aclarar lo escrito por el autor. Ordenar y clasificar sin distorsionar la costumbre descrita; permitiendo el plantearse hipótesis de trabajo, que por los diferentes métodos puedan ser comprobados y verificados de acuerdo a la verdad que impone la realidad social.

De manera general, se puede afirmar que la gran mayoría de nuestras costumbres, tiene su origen y son resabios del “estilo de la vida colonial” nicaragüense, saturada de religiosidad cristiana que atravesaba la sociedad en todas sus estructuras y estamentos, así como en sus expresiones culturales. La religión y la iglesia católica en la época estudiada, era la institución que pe-

7 “La siguiente narración es una Imagen global... del Estado o República de Nicaragua, así como de la ‘idiosincracia’ y características de sus habitantes.” Squier, p. 13.

netraba —con mayor vigencia y presencia— tanto en la vida rural, como en la urbana del país.

La religión y la religiosidad del pueblo nicaragüense en su conjunto, era una expresión extravertida, que se manifestaba —en todas sus dimensiones— fuera de las iglesias. Su escenario —volcado a la comunidad— iniciaba en atrios, plazas, calles y caminos; con coreografía de repiques, procesiones, ángelus, carga-cerrada, penitencias públicas, administración del viático, rituales funerarios, bautizos de volcanes, hasta llegar —en el diario comunicarse— al “Dios te bendiga” o “Dios te lo pague,” “Dios mediante,” o el “si Dios quiere.” Todo ello producto de mas de tres siglos de aculturación y sincretismo cultural, entre las costumbres indígenas, españolas y africanas; que ya en el siglo xix habían producido en términos raciales y culturales, al mestizo.

Otra observación previa que habrá que sentar, es que el autor de *Nicaragua, sus gentes y paisajes*, limitó su recorrido por el territorio nacional a la zona del Pacífico nicaragüense —a pesar de su ingreso y salida por el puerto de San Juan del Norte— excluyendo del libro lo referente al Caribe nicaragüense; salvo unas breves referencias a los pobladores de este puerto y su “costumbre” de bailar “fandango,” y según su opinión, “danza que no tiene nada de recato,” atribuida a la influencia afroantillana.⁸ De igual manera están excluidas del libro la región central y norte del país.

Es importante hacer algunas consideraciones generales en relación a la situación interna de Nicaragua, cuya estructuración social y económica a la mitad del siglo xix (1850), estaba marcada —sensiblemente— por una economía que se sustentaba en la ganadería extensiva, la agricultura de parcela y una in-

⁸ Squier, p. 48. Es oportuno agregar, según afirma Jorge Eduardo Arellano en el prólogo de la tercera edición en español de la obra de Squier (1990, p. 11), que éste escribió con el seudónimo de Samuel A. Bard su única novela, titulada *Waikna, or adventures on the Mosquito Shore*, basada en fuentes orales y testimonios de viajeros, “ya que [Squier] nunca visitó dicha zona.”

ciente tecnificación de la misma, basada en productos como el añil, el cacao, la caña de azúcar y su respectivo movimiento comercial interno y externo.

Todo ello establecía una sociedad profundamente influida por lo “rural,” que a su vez era soporte de la economía y vida urbana; de tal manera que en la Nicaragua de tal época se puede hablar de una cultura rural y otra urbana, haciendo la salvedad que a diferencia de otras sociedades, en la nuestra en dicha época no existía una cultura suburbana, que incidiera en sus costumbres.

En este panorama —a manera de marco referencial— los habitantes de Nicaragua, sujetaban y sustentaban sus costumbres dentro de dos grandes escenarios: el rural y el urbano. A su vez, estos estaban matizados por las influencias religiosas propias de la época, y condimentadas por contradicciones históricas que devenían en una permanente y generalizada guerra civil, tanta que hasta pareciera se fue convirtiendo en costumbre.

Esta realidad es importante tomarla en consideración, por condicionante, de la situación anómala que el estado de guerra producía en el país durante la época estudiada y que incidía en pequeñas pautas, que las circunstancias fueran convirtiendo en costumbres, y que fueron apuntadas por Squier,⁹ tales como el “tener a mano dinero y joyas,” por parte de la población en procura de estar en posesión de recursos económicos, que les permitiera sobrevivir en la situación de caos que continuamente provocaban las llamadas “revoluciones” en que se debatía el país.

La falta de instituciones bancarias y cajas de seguridad, complementaban a la anterior costumbre, protegiendo sus haberes “guardándolos siempre ocultos para no despertar sospechas de que lo poseían.” Tal costumbre ha trascendido

⁹ “Estaban acostumbrados a este género de cosas; las revoluciones eran para ellos algo así como las tempestades; estallaban y luego de pronto se disipaban. Mis habitaciones, sin embargo, estaban aún repletas de objetos valiosos, y durante el resto de la tarde, en prevención de cualquier contingencia, siguieron llegando paquetes de documentos y dinero. Me atrevo a decir que en tan solo dos horas mas de cien mil dólares en oro fueron depositados en mi cuarto, y especialmente por personas de quienes no se sospechaba tuviesen un real.” Squier, p. 453.

hasta nuestros días y son conocidas, como “entierros,” “huacas,” o “botijas,” que han abonado la mentalidad mágica presente en nuestra cultura popular tradicional, reflejada en “cuentos de aparecidos,” “ánimas en pena” y personas que “de la noche a la mañana” se han convertido en adineradas, porque en el patio de la casa “se han encontrado una botija.”

El estado de guerra civil condicionaba tanto la vida cotidiana que era frecuente y común: el despoblado de las ciudades y pueblos, refugiándose en las haciendas, la militarización de los poblados, el toque de queda, los retenes, y el “santo y seña,” consigna, divisa o contraseña,¹⁰ para desplazarse con seguridad de un lugar a otro; así también era del diario vivir, los juicios sumarios, fusilamientos, confiscaciones, impuestos de guerra, encarcelamientos, la existencia de bandas delincuenciales armadas que merodeaban los caminos y tantos otros hechos propios de una contienda militar.

Se suma a lo referente sobre la realidad del país, la división sexual de la población y el fuerte componente masculino-machista de la sociedad nicaragüense; así como la composición étnica de la misma en que sobresalían los indígenas, mestizos, ladinos, negros, sumándose a estos una corriente migratoria de extranjeros, principalmente de europeos.

Hay que agregar a los anteriores factores incidentes, en las distintas pautas de comportamiento socio-cultural, entendidas como costumbres, la afluencia de una considerable migración de extranjeros que se establecieron y radicaron en Nicaragua, y que desde luego introdujeron al país, algunas formas de comportamiento propias de su lugar de origen. Al respecto, Coronel Urtecho puntualiza, aclarando y citando a Squier, que tal emigración “ha acreado la introducción de muchas costumbres extranjeras aunque

10 “Después que sonaron ocho campanadas, la voz de ialerta! se oyó cada cinco minutos corriendo de boca en boca de los centinelas, prueba indudable de que estaban despiertos y dispuestos. De cuando en vez el ¿quién vive? del centinela de nuestra esquina se hacía oír con tal énfasis que golpeaba alarmantemente nuestros desacostumbrados tímpanos.” Squier, p. 92.

sin que materialmente haya cambiado su tipo esencialmente centroamericano”¹¹ —y por supuesto, agregamos— nicaragüense.¹²

Sobre la influencia migratoria europea, comparando a leoneses y granadinos, en relación a sus costumbres de vestir, opina que “los leoneses visten lo mismo que los granadinos pero debido a que en León hay menos extranjeros que corrompan el gusto popular, los estilos europeos no son allí tan corrientes.”¹³ Luego, y también comparando ambas ciudades referido a la poca limpieza de sus aposentos, aclara, “esta observación es no más aplicable a Granada que a León, ya que en la primera ciudad el ejemplo de los extranjeros ha influido en las sirvientas a cuyo cargo está el aseo de las casas.”¹⁴

Todos estos factores —sin incluir particularidades— son los aderezos principales que generan y condicionan de forma dinámica, dentro de los cuales se dan, o se están produciendo, las distintas costumbres que Squier nos trasmite en su libro, *Nicaragua, sus gentes y paisajes*. Abordar tal libro y entender tal época —desde sus costumbres— implica ubicarse en un tiempo determinado, que tiene un pasado, un presente en transición, que apunta a un futuro devenir. Por ello no es posible una “disección histórica” de estamentos definitivos e inmutables.

11 Coronel Urtecho, José, “Observaciones sobre dos casas antiguas,” *Revista Conservadora*, vol. 8, no. 43, abril 1964, p. 24.

12 Refiriéndose al “carácter y estilo granadino,” Jorge Eduardo Arellano, en su libro *Granada Aldea Señorial* (Fondo Editorial CIRA, Managua, 1999, pp. 26–27), afirma que, sin perder su identidad tradicional, Granada adaptaba las influencias de los países civilizados, integrándolas a sus costumbres. Squier añadía que era la ciudad del país con mayor número de extranjeros. “Veinticinco años después a la estancia de Squier en Nicaragua, continúa refiriendo Arellano, los Benard ya habían introducido el sibaritismo en la cocina local —arraigada en la tradición mestiza e indohispánica— y comenzando a imponer el comportamiento en los salones. Con ellos el granadino aprendió a ser *gourmet*, a adquirir el gusto refinado del gran señor. Además, cruzados con otras familias prominentes —Chamorro, Guzmán, Vivas— impusieron su estilo frívolo y superficial, además de procrear los mejores especímenes de bellezas femenina.”

13 Squier, p. 208.

14 Squier, p. 210.

Las costumbres por su naturaleza misma son cambiantes y se van transformando de acuerdo a las circunstancias —políticas, económicas, sociales, religiosas e históricas— que inciden en los seres humanos que las producen y practican, con mayor o menor arraigo. Por ello se plantea, como parte de su proceso evolutivo distintos momentos de las mismas, tales como: su origen o surgimiento, su implantación, su arraigo y finalmente su permanencia; en el ínterin, pueden: cambiar, estar en extinción y desaparecer. De estas tres últimas nos ocuparemos, además de hacer énfasis en las que aún permanecen y tienen vigencia en el comportamiento social del pueblo nicaragüense.

De manera general también hay que apuntar que diversos intelectuales nicaragüenses han advertido sobre el valor e importancia del libro de Squier, *Nicaragua, sus gentes y paisajes*, utilizándolo de fuente documental en diversos escritos; descriptivos unos y valorativos e interpretativos otros, relacionados con el tema de las costumbres y consideraciones afines a las mismas. Ellos son: Ernesto Mejía Sánchez¹⁵, José Coronel Urtecho¹⁶, Pablo Antonio Cuadra,¹⁷ Jaime Incer Barquero¹⁸, Jorge Eduardo Arellano,¹⁹ Francisco Aguirre Sacasa²⁰ y Jimmy Avilés Avilés.²¹

- 15 Mejía Sánchez, Ernesto. *La mujer nicaragüense en los cronistas viajeros*, Cuaderno del Taller San Lucas, Talleres Salesianos, Granada, Nicaragua, 1942, pp. 137–176.
- 16 Coronel Urtecho, José. “Observaciones sobre dos casas antiguas,” *Revista Conservadora*, vol. 8, no. 43, abril 1964, pp. 21–24.
- 17 Cuadra, Pablo Antonio, “Medio Real – Estudio de un ‘Tipo’ nicaragüense descrito por Squier,” *La Prensa*, 31 mayo 1970.
- 18 Incer Barquero, Jaime, *Nicaragua en el siglo XIX vista por E.G. Squier*, Managua, Nicaragua, 1999. Banco Central de Nicaragua.
- 19 Arellano, Jorge Eduardo, *Granada Aldea Señorial*, Fondo Editorial CIRA, Managua, 1999. El mismo autor ha realizado importantes investigaciones arqueológicas basadas en este autor, tales como “La Colección Squier–Zapatera,” publicada en los números 32, 33 y 34 del *Boletín Nicaragüense de Bibliografía y Documentación* del Banco Central de Nicaragua.
- 20 Aguirre Sacasa, Francisco, *Un Atlas Histórico de Nicaragua*, Colección Cultural de Centro América, Serie Histórica no. 15, 2003.
- 21 Avilés Avilés, Jimmy, *Granada en el Libro de Squier*, La Piedra Bocona, dic. 92–enero 93, año 2, no. 2, pp. 28–30

El primero presenta dos citas, referidas al comportamiento, conducta, costumbres y forma de ser de nuestras mujeres, de acuerdo a lo anunciado en el título. Coronel Urtecho con ojo curioso y acucioso —como el de Squier— lo lleva a percibir, por su lectura atenta e inteligente, signos que le permiten entender e interpretar el momento histórico que vivía Nicaragua y los nicaragüenses en las diferentes transformaciones en sus normas, costumbres y usos.

Con atinado acierto Coronel observa, a través de los lentes con que Squier penetra en la vida cotidiana de las “gentes” de este país; el momento o etapa de transición y —desde luego— de transformación que se estaba viviendo. Es el paso que los terratenientes están dando, trastocando el patrón económico e incidiendo en las costumbres, al pasar de ser y actuar como agricultores, con su resabio neocolonial, en cuanto a su modo de producción, el modelo o más bien al estilo “comercial.”

Lógicamente el cambio de la hacienda extensiva ganadera, por una tienda, comercio, pulpería o trucha, tuvo en la sociedad nicaragüense —iniciada en la cúspide de la pirámide— múltiples implicaciones en las pautas de comportamientos y costumbres de sus habitantes en general.

En su Escrito a Máquina, “Medio Real...,” Pablo Antonio Cuadra profundiza en la psicología del nicaragüense, partiendo de un anónimo ciudadano a quien Squier apodó, con el mismo título del escrito.²² Incer Barquero, desde su libro *Nicaragua en el siglo XIX vista por E.G. Squier*, retoma, revalorizando de manera amplia y genérica la figura y obra del diplomático-viajero norteamericano, que hasta la fecha —a pesar de su importancia— no ha sido lo suficientemente estudiada y dimensionada.

En el campo histórico-arqueológico, Jorge Eduardo Arellano ha sabido aprovechar al máximo la información brindada por Squier, en relación a la estatuaría de la isla de Zapatera,²³ y nos

22 Squier, pp. 4–5.

23 “La Arqueología Nicaragüense” (I. En el siglo XIX; II. En el siglo XX), *Boletín Nicara-*

brinda una panorámica bibliográfica del autor, tal como la publicada en el prólogo de la tercera edición en español de la Editorial Nueva Nicaragua²⁴ y en su ensayo inédito, “E.G. Squier y sus Apuntamientos sobre Centroamérica.” Aguirre Sacasa, en el libro ya referido, puntualiza sobre la actividad diplomática del norteamericano Squier. Finalmente, Avilés Avilés, refiere con acuciosidad la estadía del mencionado autor en Granada y sus diversas referencias a dicha ciudad.

Retomando todo lo dicho —a manera de síntesis— sobre las costumbres en tal época, hay que decir que éstas se correspondían al nivel de desarrollo económico, social y cultural del país, reflejando su estilo de vida, generalmente sencillo y austero; sólo alterado en ocasiones especiales por algunas pompas y solemnidades religiosas o militares. La cotidianidad estaba impregnada de mucha simpleza práctica, que daba respuesta —en medio de sus propias contradicciones sociales que minimamente requerían; amortiguando el tejido social, las propuestas religiosas. Traducidas en dogmas de fe, con premio o castigo eterno, penitencias, fiestas patronales, santos milagrosos, ofrendas, etc.

Dicho tejido social, tenía una estratificación bien definida, con muy poca posibilidad de movilidad social. Las personas tenían que aceptar y resignarse —salvo raras excepciones— a nacer, vivir y morir de acuerdo al *establishment* y jugar sus roles y papeles de acuerdo al orden económico y social predominante, determinado por la cúpula de la pirámide social, que mientras se disputaban el poder —inventando revoluciones— le daban al pueblo, a través de las distintas instituciones el básico sustento material, complementado con el religioso espiritual, fuertemente impregnado de ritual y festividad.

Como ya se ha esbozado las costumbres se pueden clasificar de forma general, en *rurales* y *urbanas*, atendiendo a la confor-

güense de Bibliografía y Documentación, no. 2, pp. 1-3. “La Colección Squier-Zapatera,” 1a. parte; *Boletín Nicaragüense de Bibliografía y Documentación*, no. 34, pp. 1-25.

²⁴ Op. cit., pp. 9-11.

mación predominante de la distribución e importancia poblacional, económica, social y cultural de ambas zonas²⁵ en que proporcionalmente se podía dividir a quienes habitaban en ellas, y que por diferentes razones, sin ser contradictorias ni opuestas —en cuanto a las costumbres— se complementaban y dialécticamente se diferenciaban; marcando las establecidas por el sexo (masculino, femenino). También, en términos generales, se pueden clasificar en *primarias* y *secundarias*. Así mismo, por su carácter dinámico y transformador de la cultura, pueden establecerse costumbres que en tiempo han variado, otras que por diversas razones están en extinción, y las que han desaparecido; finalmente las que aún permanecen.

Esta última clasificación gira fundamentalmente en torno a los conceptos eternos y universales de espacio-tiempo, enmarcados dentro de circunstancias que serán determinantes y condicionantes de cualquier tipo de clasificación que de las costumbres se pueda hacer. Sin la consideración de estas variables generales es imposible ubicar y ubicarse en el plano teórico adecuado, que permita el estudio, comprensión y análisis de nuestras costumbres, específicamente de aquellas que describió Squier.

Los parámetros planteados, en función de su aplicabilidad, a este estudio, deben apuntar a una clasificación específica, que en la práctica se pueden agrupar en *costumbres religiosas* y *costumbres sociales*.

Las principales *costumbres religiosas* nicaragüenses —por generalizadas— referidas por Squier son: el toque de la oración, las fiestas patronales, la celebración de la Navidad; unas de carácter nacional y otras del ámbito local. De todas ellas se puede afirmar que en la actualidad algunas han variado, otras están en extinción, así también las hay desaparecidas y las últimas que aún permanecen.

25 Lévy, Pablo, *Notas Geográficas y Económicas sobre la República de Nicaragua*, Fondo de Promoción Cultural, Banco de América, Editorial San José, Managua, 1976, pp. 173-215.

Entre las costumbres que han variado están las *fiestas patronales*. Pese a que aún se mantienen en todos los departamentos y municipios del país, estas han sufrido variaciones importantes como son el cambio del Santo Patrono, el sabor rural de la festividad, la introducción de nuevos elementos impuestos por la “modernidad” y la disminución del fervor religioso del pueblo participante.

El cambio de Santo Patrono ha sido un fenómeno relativamente *sui generis*, además de poco estudiado; presenta varias características o variantes, tales como: 1. la sustitución del Santo Patrono original por otro; tal es el caso de Managua en donde Santiago ha sido sustituido por Santo Domingo de Guzmán; y 2. el desplazamiento en popularidad de un Santo por otro; Granada es un ejemplo típico de dicha variante, en donde la celebración de la Purísima Concepción goza de mayor popularidad que la oficial patrona la Virgen de la Asunción. Este fenómeno religioso a nivel nacional amerita un estudio aparte, y del que hacemos breve referencia por la relación que tiene con las costumbres que nos ocupan.

De las costumbres religiosas en extinción, una que fue muy generalizada en la Nicaragua del siglo XIX era el rezo diario en horario vespertino del Santo Rosario y del que Squier hace la siguiente referencia:

...veíase el cuadro de una Virgen, y en la propia repisa dos tristes candelas de sebo que apenas permitían ver el cuadro. En frente, en el centro de la sala, arrodillados sobre una banca grande y sus ojos puestos en la Virgen, oraban el mayordomo y su familia. No se volvieron a mirarnos; siguieron con sus devociones que eran la repetición en turnos de una rítmica y monótona oración. Al terminar cada plegaria todos recitaban a coro cierta letanía, y pasaban la cuenta de un rosario.²⁶

²⁶ Squier, op.cit., p. 403.

La lista de las costumbres religiosas desaparecidas es extensa, destacando entre ellas la solemnidad para la administración del *viático*. A la mejor usanza medieval, la preparación cristiana para la muerte implicaba todo un ritual religioso que no pasó desapercibido a los ojos de Squier, a pesar de sólo haber sido testigo del mismo en dos ocasiones, una en Granada y otra en Masaya. Ambos se complementan y nos muestran una visión completa de la costumbre que la Iglesia Católica denomina *viático*. De ella refiere el autor:

Apenas habíamos entrado en la calle real cuando mis compañeros pararon de pronto y, quitándose el sombrero, viraron en redondo, yo también hice lo mismo. Acto continuo oí el tintineo de una campanilla y luego venían varios hombres tocando violines, y tras ellos una guardia de soldados rodeando a cuatro personas que sostenían un palio de varas de plata y dosel de seda purpurina sobre la cabeza de un sacerdote que llevaba puestas sus vestiduras y en sus manos el Santísimo Sacramento. Los niños corrían a hincarse en las aceras, y lo mismo hacían todos los vecinos al paso de la procesión que se dirigía a casa de un agonizante... A veces el sacerdote va en una pesada carroza, o bien lo llevan los fieles en silla o litera.²⁷

Por el boato de la ceremonia se deduce que el cristiano auxiliado se trataba de un personaje principal de la ciudad. En Masaya, con mayor recato y humildad, el mismo *viático* es descrito por el viajero de la siguiente manera:

De la Parroquia salía una procesión guiada por un muchacho que tocaba una campanilla, al que seguían unos músicos y un sacerdote con el Viático para un moribundo. El barullo de las voces se apagó un instante. Todo el mundo

27 Squier, op.cit., p. 123.

*se quitó el sombrero y todos también se arrodillaron al paso de la comitiva portadora del consuelo y el perdón para el que estaba ya in extremis. Un momento después el afanoso trajín revivía en la plaza como si nada hubiese ocurrido.*²⁸

Ambas escenas descritas, que como ya se dijo, se complementan, y reflejan que en la Nicaragua de tal época el expirar estaba marcado por la costumbre que establecía diferenciación entre la misma, según se tratara de individuos pertenecientes a uno u otro estrato social.

Otra de las costumbres religiosas desaparecidas es la referente al “Toque de la Oración.” Apenas recién ingresado a territorio nacional, Squier advierte y describe la religiosidad de éste pueblo, muy a lo nicaragüense, durante su travesía fluvial de San Juan del Norte —sobre el río San Juan— hacia Granada, observa sobre quienes le transportaban :

*...cuando de improviso y simultáneamente, alzaron los hombres los remos y se quitaron reverentemente el sombrero; era “la hora de la oración.” El primer remero comenzó la salmodia, y los demás, a su debido tiempo, hicieron coro con tal precisión —respecto de cadencia y tiempo— que se veía a las claras aquello era resultado de una vieja costumbre.*²⁹

Sin embargo, de inmediato pone de manifiesto esa inclinación y relación ancestral entre lo religioso y el jolgorio ritual, y sigue refiriendo: “Apenas terminada la oración todos dieron al tiempo un grito, e inclinándose sobre sus remos resoplaron con fuerza por varios minutos; luego de repente los soltaron otra vez para romper en paroxismo de estrepitosas risotadas.”³⁰ Squier hasta

²⁸ Squier, op.cit., p. 343

²⁹ Squier, op.cit., p. 53.

³⁰ Squier, op.cit., p. 53. Sobre el mismo aspecto comenta Miguel Angel Herrera en su libro *Bongos, Bogas, Vapores y Marinos*, Centro Nicaragüense de Escritores,

aquí describe, pero cuando opina, se le salen las plumas del águila, y concluye afirmando, “terminamos por considerarlo una simple manifestación de gozo animal.”³¹

Como la escena anterior, a la hora del crepúsculo, cual monjes franciscanos — descalzos y semidesnudos— fuertes de brazos y piernas, con el cuerpo curtido por el sol del Cocibolca, fieles a sus costumbres religiosas —impulsados por la fuerza de lo cotidiano— previo a la llegada al pueblo que en diminutivo tiene nombre de santo, “San Miguelito”; “nuestros hombres no fueron insensibles a la semidivina belleza de la escena y cuando todo hubo concluido comenzaron a rezar ¡Ave María Purísima...!” Seguro debieron responder —como era usanza— ¡Sin pecado concebida! Con sensibilidad poética, Squier termina la descripción; “Sobre el murmullo de las olas flotó el eco de la oración hasta la orilla para diluirse en el confín.”³²

Cambiando de escenario —pero no de costumbre— ya en Granada a la hora nona,

...cuando las campanas de la iglesia dieron el toque de la oración. En un instante se apagaron todos los ecos; los jinetes sofrenaron sus caballos, de las manos de los marineros cayeron velas, remos y mecates, el vigía se paró en seco, cántaros y tinajas quedaron a medio llenarse. Todo el mundo se quitó el sombrero, y todos los labios musitaron: ¡Ave María Purísima...! el leve murmullo de las voces reverentes llenaba las pausas de los lejanos bronces.

Managua, 1999, pp. 148–9, diciendo; “Estas prácticas religiosas de los bogadores del río forman parte de la cultura popular, y son decisivas en la elaboración del discurso religioso mediante el cual la población nativa asume un sentimiento de pertenencia a una comunidad mayor. Es en los rituales de trabajo en los que se concreta ese sentido de permanencia, al que cohesionan el sentido religioso. En los mismos se puede encontrar un primitivo concepto de nación, el de una comunidad unida por la fe religiosa y el trabajo.”

31 Squier, op.cit., p. 53.

32 Squier, op.cit., p. 76.

*Algo como de magia tuvo el repentino silencio de la multitud y su absoluto recogimiento místico.*³³

Internado en la geografía religiosa del país, en Occidente —camino de Posoltega a Chichigalpa— cual peregrino laico por los caminos de Nicaragua, Squier, sin biblia ni rosario en la mano, nos vuelve a referir que, “de pronto se oyó el toque de la oración; la aguda gritería de los niños cesó de súbito y nosotros, parando maquinalmente nuestras bestias, nos quitamos el sombrero. Un leve murmullo de oración flotaba en ondas que llegaban tenuemente hasta nosotros; sonó otra vez la campana, y otra vez más...” Ante lo que el diplomático y científico norteamericano termina opinando: “La oración nunca deja de impresionar hasta el viajero más indiferente con un sentimiento de temores reverentes, fue solo un elemento en esta gran combinación de lo solemne y lo sublime.”³⁴

Continuando la extensa lista de las costumbres religiosas desaparecidas, tenemos las correspondientes al entierro de niños. Sobre los funerales de una joven adolescente, acota el viajero:

Sus funerales bien pudieron haber sido sus bodas por la total ausencia de manifestaciones de pesar... Marchaban los músicos tocando alegre melodía, y en pos de ellos los sacerdotes entonaban un aleluya. Seguían en hombros de jóvenes las andas cubiertas de raso blanco recamado de frescos ramos de azahar; y en medio vestida de blanco como para una fiesta y la cabeza coronada de rosas blancas, las manos cruzadas sobre el pecho y entre ellas una cruz de plata, veíase la marmórea forma de la doncella muerta. Sus acongojados padres, sus hermanos y demás familiares caminaban detrás; pero ni una lágrima en sus ojos, y aun que es verdad que en sus semblantes advertíanse

33 Squier, op.cit., pp. 273-4.

34 Squier, op.cit., pp. 273-4.

*las huellas del dolor, era también patente en ellos la expresión de esperanza y fe en las palabras de Él, que dijo: 'Bienaventurados los limpios de corazón porque de ellos será el reino de los cielos.'*³⁵

Sin mayor comentario —porque sobra— leamos lo que el autor refiere sobre

*...los funerales de los niños que son muy similares. Vístese el cadáver de impoluto albor y cúbresele de flores. Marchan delante hombres disparando cohetes y detrás vienen los músicos tocando aires jubilosos; tras el cuerpecito yerto van los padres y parientes. La explicación de esta aparente falta de sentimientos se encuentra en la doctrina católica romana de la regeneración por las aguas del bautismo, en virtud de lo cual el hecho de que el espíritu vuelva al cielo debe ser más bien motivo de alegría que de tristeza.*³⁶

En relación a los entierros, Squier también apunta sobre otra costumbre desaparecida, se trata de sepultar a las personas en las iglesias. De ésta nos dice:

En León ha prevalecido siempre la costumbre de enterrar en las iglesias, y lo hacen con el permiso de las iglesias; y el terreno en derredor está ya —si se me permite la expresión— saturado de muertos. El tiempo que tienen derecho a permanecer en la iglesia el cadáver sepultado está en relación directa con la cantidad pagada, variando aquel de diez a veinte y cinco años, al cabo de los cuales los huesos, junto con la tierra que los retuvo, se exhuman y se venden a los fabricantes de nitro... Rara vez se usan ataúdes. Por lo común se baja el cadáver al fondo de la

35 Squier, op.cit., p. 299.

36 Squier, op.cit., p. 299.

*fosa y luego se echa la tierra rudamente en ella, apelma-
zándola en seguida con pesados pisones.”³⁷*

Sobre un entierro en particular, y que se trataba de una autori-
dad eclesiástica —tanto así— que se trataba del Vicario del
Obispado, don Desiderio de la Quadra, lo descrito en lo general
sobre tal hecho, es similar a las ceremonias que en la actualidad
se les honra a dignatarios religiosos de tal envergadura. Sin em-
bargo llama la atención la forma oficial y muy particular de invi-
tación al sepelio y honras fúnebres.³⁸

También se suma a la lista de las costumbres religiosas desa-
parecidas, el cumplimiento de *penitencias públicas*, que aún se
practican, como promesas hechas por los feligreses a algún santo
de su devoción, como muestra de agradecimiento al mismo por
algún milagro recibido. Pero, realmente las desaparecidas son
las *penitencias no públicas*; de las que Squier nos dice:

*Hacen también otras penitencias, no públicas, pero talvez
más penosas. Cien o más penitentes, por ejemplo, se encie-
rran en una iglesia donde permanecen nueve días dur-
miendo solo cuatro de las veinte y cuatro horas y comiendo
una sola vez al día. El resto del tiempo se divide entre los
varios ejercicios prescritos por los rígidos reglamentos de
la penitencia, de rodillas o postrados en el duro y oscuro
suelo de la iglesia en que se enclaustran ... Yo ví a los faná-
ticos salir de la iglesia pálidos, macerados e inmundos;
algunos tan exhaustos ya que no podían caminar sin ayuda
y que dejaban tambaleantes el escenario de su degrada-
ción para ir a caer a un lecho donde sólo les esperaban la
enfermedad y aún la muerte.”³⁹*

37 Squier, op.cit., p. 301.

38 Squier, op.cit., p. 296.

39 Squier, op.cit., p. 305.

Finalmente, también se cuentan entre las costumbres religiosas desaparecidas, aquellas que se refieren a la estrecha relación existente, en tales años, entre las instituciones religiosas y la militar. Esta relación ya se apuntó en el caso del *viático*, en que el sacerdote era escoltado por varios soldados. Por la situación de guerra generalizada, ambas instituciones coincidían en la celebración por la llegada a las ciudades de las tropas militares, defensoras del orden y la seguridad ciudadana, a la que la Iglesia se sumaba, participando con toques de campanas, bombas, misas cantadas, *Te Deum*, procesiones, etc.⁴⁰

De ipegüe, debe agregarse algo que no era muy usual, ya que sucedía “a la muerte de un Obispo,” pero que se acostumbraba, producto de la incidencia religiosa en todos los ámbitos de la vida, tal es el caso del “bautizo de los volcanes.”⁴¹

De las costumbres religiosas desaparecidas se pueden establecer dos grandes causas: 1. la transformación o supresión del ritual religioso por disposiciones eclesiásticas, y 2. la supresión

40 “Y ya que estamos tocando este punto, permítaseme anticipar un poco los acontecimientos y describir las ceremonias del acto, para el que se hicieron grandes preparativos y se celebró con solemnidad inusitada. En la mañana se ofició una misa cantada en la catedral, con asistencia de todos los funcionarios estatales, y los miembros del Ejército. Los militares ocuparon la nave central y los civiles las otras. Después de la misa hubo procesión precedida por una gran cruz de plata de la cual pendía el pabellón nacional. Seguía la banda militar, y luego venía el Santísimo llevado por el Obispo bajo un imponente palio de terciopelo púrpura; rodeábanle los más altos prelados de la Iglesia, y en pos iban los funcionarios gubernamentales y los oficiales del ejército, descubierta la cabeza, marchando todos dentro de un cuadro de soldados, también descubiertos y con sus fusiles a la funerala. Detrás caminaban el coro de la catedral, los soldados y los civiles. Pero lo más notable del desfile fueron las imágenes de los santos que llevaban en hombros. Algunas eran de tamaño natural, que con sus fantásticas vestiduras recamadas de oro y adornos de oropel producían un efecto extraordinario... Hombres, mujeres y niños iban en la ‘Procesión de Paz’ que recorrió lentamente las principales calles, parando frente a todas las iglesias para cantar un salmo de acción de gracia. Al fin volvió a la catedral donde se cantó el *Tedém*, y la multitud se dispersó después de recibir la bendición del Obispo.” Squier, p. 233.

41 “Esta es una vieja costumbre, y tal ceremonia, dícese, fue oficiada a raíz de la conquista en todos los volcanes de Nicaragua, menos el Momotombo, sobre el cual no han caído todavía las aguas lustrales del bautismo.” Squier, p. 430.

del ritual por disposición legal, como el caso de la prohibición de usar los templos como cementerios.

Se debe sumar a las que han variado su forma de celebración, aquella que se festeja el primero de noviembre; de ésta el viajero dice:

El día de todos los Santos se distinguió de los demás por una solemne procesión de todos ellos sin excluir al negrito San Benito a quienes, después de orearlos por las calles principales, llevarlos a varias iglesias, entre otra la de Subtiaba, donde se oficiaron muy curiosas y complicadas ceremonias. La tarde de ese día fue celebrada por los indios de aquel lugar como fiesta de carnaval. En tal ocasión tienen la prerrogativa de bombardear con naranjas a todos los asistentes y formar círculos danzantes en torno a ellos, de donde no pueden salir sin pagar determinada suma a la iglesia.⁴²

De las costumbres que aún persisten con mayor arraigo popular, sobre todo en el sector rural del país, es la vinculada a nuestro hablar cotidiano, y en la que la presencia de Dios está permanentemente presente;⁴³ Squier lo observa y anota:

El que recibe un favor agradece con un '¡Dios se lo pague!' si se promete algo agrega siempre la salvedad 'si Dios quiere,' y si se firma un contrato inclúyese invariablemente el requisito de 'Dios mediante.' Siempre se reconoce, pues, 'la Ley Suprema...' '¡Dios sobre todas las cosas!' como la más común de las afirmaciones.⁴⁴

42 Squier, op.cit., p. 264-5.

43 Avilés Avilés Jimmy, "Dios en el lenguaje popular," *Teosintle*, CIERA, Managua, julio 1991, pp. 31-33. "Dios en el refranero nicaragüense," *La Crónica Literaria*, Managua, 19-23 mayo 1989.

44 Squier, op.cit., p. 304.

De carácter local, pero con vigencia actual, entre las costumbres religiosas que destacan son las llamadas “fiestas populares,” que por su número y continuidad Squier las llama, “esa mar de celebraciones del santoral católico” y las describe de manera general, como días de fiesta comunes en los que todo el mundo se viste buscando hasta el plan del cofre, y cuanta más bombas y cohetes se disparen y más campanas atruenen, tanto más alegre es la ocasión, y mayor veneración en que se tiene al santo.”⁴⁵ Estas fiestas populares —como en el presente— dedicadas a algún santo, se celebraban con corridas de toros, bandas de música, *Sainetes* o *Misterios*, con declamaciones, canciones lúgubres, dramas bíblicos, actos sin excluir al negrito San Benito a quienes, después de orearlos por las calles principales, llevarlo a varias iglesias, entre otra la de Sutiaba, donde se oficiaban ceremonias.⁴⁶

Otras, dependiendo del santo celebrado, como el caso de San Andrés en León, contaba con la participación del “baile de los demonios” o “baile de los diablitos.” Otras clases de bailarines, vestidos con profusión de abalorios, pero que no aspiran a la distinción de los diablitos, salen también por las calles en ciertos días onomásticos, visitando todas las casas en donde el jefe de familia lleva el nombre del santo del día; allí esperan que se les remunere a cambio de una demostración de sus habilidades.”⁴⁷

Refiriéndose a otra festividad religiosa —esta vez en Granada— que ilustra la permanencia de tal costumbre, nos dice el autor:

La ciudad se encontraba agitada; tratabas de la fiesta aniversario de un santo predilecto, todas las campanas repicaban y la plaza chisporroteaba de bombas, de las que todos los muchachos tenían su arsenal individual para dispararlas a su antojo; también ‘serpientes’ que al prenderlas zigzagueaban a la loca entre las piernas de la gente

⁴⁵ Squier, op.cit., p. 263.

⁴⁶ Squier, op.cit., pp. 258-264.

⁴⁷ Squier, op.cit., p. 264.

*y se metían por puertas y ventanas causando en todas partes pandemónium, entre las mujeres sobre todo que huían espantadas y chillando para gran contento de los espectadores y la gritería de los muchachos y mirones.*⁴⁸

De carácter nacional, con arraigo y permanencia de siglos, otra de las costumbres religiosas que persiste es la Navidad que se celebra con gran pompa y alegría en todos los países católicos, y a mi regreso a León me encontré conque las señoras de la ciudad estaban atareadísimas haciendo preparativos... En casi todas las casas se había destinado la sala al 'Nacimiento'... La víspera de Navidad se abre al público la visita a los Nacimientos, y durante la siguiente semana la ocupación principal de mujeres y niños consiste en ir de casa en casa criticándolos y haciendo comparaciones. El nacimiento ocupaba la mitad de la sala, que era grande. Dos o tres palmeras arqueadas, infinidad de piedras y conchas de colores, y festones de enredaderas y de flores daban la impresión de una gruta o posada. Dentro de ella, pequeñas imágenes de la Virgen y el Niño; rodeándolas de hinojos los Reyes Magos, San José, Nuestro Señor San Joaquín y Nuestra Señora Santa Ana.

La penumbra de la sala daba a la escena un efecto de encantamiento; velas ocultas iluminaban con intenso fulgor la gruta reproduciendo agrandadas las imágenes y haciendo la perspectiva interminable mediante pequeños espejos ingeniosamente colocados. Una barandilla impedía a la gente acercarse demasiado y destruir así la ilusión descubriendo el artilegio. En esos días se permite a todo el mundo —cualquiera sea su condición social— entrar en las casas en donde hay Nacimiento; y era en verdad extraño ver allí revueltos a indios retacos, muchachos desnudos y damas bien vestidas, todos absortos ante un cuadro tan íntimamente ligado a sus tradiciones y conmemorativo de las más preciadas doctrinas de su Iglesia.

48 Squier, op.cit., p. 398.

Una de las participantes en el concurso socio-religioso, se le ocurrió la feliz idea de colocar tras bastidores una caja de música que un muchacho manipulaba tintineando con regularidad cronométrica una serie de sones que iban desde 'La Marsellesa' hasta 'Una vida sobre las olas del océano.' El veredicto unánime fue de que eso si era un Nacimiento, y los sencillos inditos de Subtiava se apiñaban en las puertas de la casa... desde la mañana hasta media noche —infatigables escuchas del músico invisible— creyendo a puño cerrado que aquellas melodías eran milagro de los portentosos Reyes Magos, arrodillados y ceñudos alrededor de la Virgen María. La exhibición de los Nacimientos dura nueve días; de ahí que a ese período se le llame 'novena' algunas veces.

Continuando sobre la misma festividad Squier sigue narrando:

Pero lo más descollante de la Navidad son las ceremonias que la víspera por la noche ofician en catedral. Allí, tras el altar mayor, se representa en gran escala la adoración de los Reyes Magos. Enormes árboles comban sus ramas sobre el pesebre ocupado por la Sagrada Familia, y todas las efigies del grupo son casi de tamaño natural. Del techo cuelgan por los lados gruesas cortinas tras las que fuertes luces tamizan su lumbre sobre la bíblica escena, mientras que el resto del templo permanece a oscuras o apenas iluminado por la media luz que producen el resplandor y las lámparas de los músicos del coro y de los padres que bajo éste entonan sus cantos. Comenzaba a oscurecer cuando gentes de todos lados de la ciudad y centenares de otros que venían de los pueblos vecinos empezaron a llegar. Cuando entré en la catedral ya la nave central estaba atestada de mujeres arrodilladas, cubiertas la cabeza con rebozos o mantillas, contemplando en silencio el sacro grupo, en tanto que la música del coro y los cantos monó-

tonos de los sacerdotes, en ecos vagos y lejanos, parecían diluirse entre las columnas y los arcos. A medida que avanzaba la noche los fervorosos sentimientos de la multitud crecían; un rumor de oraciones iba llenando los ámbitos de la catedral, y al acercarse la media noche muchas de las mujeres parecían arrebatadas por un loco frenesí religioso. La música y las voces de los sacerdotes, tenues antes, se hacían altas y jubilosas; y cuando el reloj dio las doce, todas las campanas de la ciudad tocaron en exultación de gloria, y el enorme auditorio, poniéndose en pie, alzó al unísono la voz de ¡Aleluya! ¡Cristo ha nacido...! Una procesión de padres salió al frente, y la Virgen y el Niño, llevados reverentemente en una almohadilla roja y bajo un palio de seda sostenido por cuatro varas de plata, fueron sacados a la plaza donde las fuerzas militares rindieron el arma con la cabeza descubierta, e hincados sobre una rodilla adoraron a Madre e Hijo mientras la procesión avanzaba lentamente alrededor de la plaza repitiendo ¡Aleluya! ¡Aleluya! ¡Cristo ha nacido...!'⁴⁹

La segunda gran clasificación de las costumbres, es la que se ha denominado como *sociales*; que a su vez se pueden subdividir en costumbres del vestir, domésticas y de diversiones. Referente a las primeras, Squier nos informa desde el inicio de su recorrido por tierras nicaragüenses, cuando desembarca en San Juan del Norte, que “a las mujeres, en su generalidad, llevan sencilla falda blanca o floreada ceñida a la cintura, más *güipil* o especie de blusa holgada con abertura para pasar los brazos, y que cae desahogadamente sobre los pechos; a veces es corto y deja al descubierto una franja de piel morena de una a cuatro pulgadas de ancho que a menudo el viento juguetón ensancha más... Todas las mujeres llevan el cabello partido en dos largas trenzas que les caen por detrás” ya sobre el Río San Juan observó que en “sus riberas había

49 Squier, op.cit., pp. 450-51.

algunas mujeres, desnudas hasta la cintura.”⁵⁰ Y en su curso inicial, en el puerto de San Carlos, refiriéndose a los varones anota: “Algunos de los habitantes de mayor edad y más destacada posición se presentaron ataviados para la ocasión, en camisa y pantalones blanquísimos, zapatos de ante —blancos también— y una blanda roja ceñida a la cintura.”⁵¹

La mujer que Squier llama de pura sangre española, se viste, “salvo raras excepciones en que se ha adaptado rigurosamente a la moda de nuestro país, es extremadamente holgado y vaporoso, y deja cuello y brazos al descubierto. Viste por lo general toda de blanco, pero la falda, llamada allá *enagua*, suele ser de género floreado, en cuyo caso el *güipil* es blanco, muy adornado de encajes. Zapatillas de raso, una cinta roja o morada prendida alrededor de la cintura, y un rosario con una crucecita de oro, más un angosto cintillo de oro o un hilo de perlas ceñido a la cabeza y anudando el cabello.”⁵²

Al referirse Squier a la vestimenta de los indígenas, se nota la diferencia con las anteriores, describiéndonos un típico traje mestizo, tanto en la mujer como en los hombres, y dice:

El traje del indio es sumamente sencillo. Para diario, la mujer lleva sólo enagua blanca o floreada, ceñida alrededor de la cintura, dejando el busto completamente en carnes o apenas cubierto por un pañuelo atado al cuello. En Masaya y algunas otras regiones una pieza de tela o lienzo de manufactura doméstica, del mismísimo estilo y modelo usados con igual fin desde antes del Descubrimiento, es lo que hace de enagua. Se la ciñen de manera inexplicable, sin ligaduras ni alfileres, y cae desde las caderas hasta poco abajo de las rodillas. Sin embargo, en casi todas la ciudades grandes visten de güipil y enagua,

50 Squier, op.cit. p. 23.

51 Squier, op.cit., p. 73.

52 Squier, op.cit., p. 100.

*ropa que también en todos los pueblos llevan los domingos y días festivos. Los hombres usan una especie de pantalones de algodón que si bien se los ciñen a la cintura con frecuencia no les llegan más abajo de las rodillas. En vez de zapatos llevan caïtes, pero hombres y mujeres del pueblo van comúnmente descalzos. El gusto por los abalorios es general; y así se ve colgando de cuellos femeninos y masculinos, de viejos y de jóvenes, un rosario con una crucecita de oro, plata o ébano. Su afición por las flores es asimismo patente, y rara vez en que las muchachas no llevan alguna prendida a sus largas guedejas de negra y satinada cabellera, o bien trenzadas en guirnalda en la cabeza.*⁵³

También dentro de las costumbres *sociales*, se puede establecer la referida a las costumbres *domésticas* u *hogareñas*. En las ciudades éstas son sencillas, denotando una calidad de vida poco exigente, y sujetas a una rutina poco sofisticada. La cotidianidad estaba marcada por actividades muy primarias, tales como el comer, hacer la siesta, atender la tienda, “puertear,” tomar un refresco, limpiar la casa, recibir visitas y dormir. De la comida, Squier da el siguiente testimonio: “En cuanto a su alimentación, los nicaragüenses son también sumamente frugales. Tortilla y frijoles son los platos habituales” —y continúa diciendo— “el fatigado viajero que pregunte qué hay de comer en donde se vea obligado a pasar la noche, cuatro de cinco veces oírá recitar el breve menú: Hay tortillas, frijoles, frijolitos fritos y huevo.” En párrafo seguido, continúa, “Después de las tortillas y los frijoles, como artículos de primera necesidad, el arroz, plátanos y queso... el plátano se cocina de muchas maneras: cocido, frito y asado.” Continúan complementando la dieta del nicaragüense las frutas y legumbres, de las que Squier expresa: “Los mercados de León ofrecen tal profusión de frutas y legumbres que sería casi imposible enumerarlas todas. Sandías, papayas, piñas, naranjas, mameyes, nísperos, gra-

⁵³ Squier, *op.cit.*, pp. 224–5.

nadillas, marañones, jocotes, yuca, plátanos, bananos...” Sobre el horario y los tiempos de comida, afirma: “El común de los habitantes come sólo dos veces al día. Por la mañana, al pie de la cama o acabándose de levantar se sirven una taza de café o chocolate. Sigue el desayuno entre nueve y diez, y el almuerzo se hace entre tres y cuatro de la tarde...” Refiriéndose a la sustitución del protocolario té, especifica, “Una taza de chocolate, o con más frecuencia una jícara de tiste, distribuida sin ningún protocolo por las noches, es un buen sustituto de aquél.”

Sobre el mismo tema sigue afirmando: “No debemos pasar por alto, sin embargo, que entre una y otra comida se zampan bastantes dulces, especialmente las mujeres.”⁵⁴ De igual forma no se debe olvidar —en cuanto a alimentación se refiere— tres fuentes importantes de la misma, proveedores de proteínas; tales como la carne de res, la “carne de monte,” así como la carne de pescado y otras que “en las principales poblaciones se consigue muy buena y barata, como la carne de res y de puerco, y abundan las gallinas.”⁵⁵ Otro detalle que apunta Squier entorno a las costumbres sobre la manera de comer es que generalmente —salvo excepciones— la mayoría de las gentes comían con los dedos; sobre esto nos dice el cronista: “La comida fue bien servida. Sólo que sin tenedores ni cuchillos.”⁵⁶

Otra costumbre íntimamente ligada al almuerzo, es la siesta y su natural objeto en donde realizarla. A propósito nos cuenta el viajero: “Después del almuerzo nos invitaron a echar la siesta, y colgaron hamacas para todos nosotros. Eso es indispensable, dijo nuestro anfitrión, en semejante clima, y no podía comprender como no hacían lo mismo en el norte. La vida —en su opinión— sin una siesta después del almuerzo debía ser tediosa.”⁵⁷ La siesta y la hamaca un poco como que establecían el termó-

54 Squier, op.cit., pp. 210–2.

55 Ibid.

56 Squier, op.cit., p. 169.

57 Ibid.

metro del estilo y forma de vida —pasiva y sedentaria— en la Nicaragua del siglo XIX, que sus habitantes compartían, por hospitalidad y cortesía a sus visitantes; de ello da fe Squier, afirmando: “En toda sala hay una hamaca grande suspendida de las paredes por medio de ganchos o argollas, la que infaliblemente se ofrece al visitante, y eso que hay también mecedoras y sofás. Pero la hamaca es el asiento de honor.”⁵⁸

También de carácter hogareño es la costumbre de “tertuliar” o “puertear,” refiriéndose a la misma en la ciudad de Granada, se nos describe así: “En sus calles se hacían remolinos de muchachos bullangueros y las señoras y señoritas estaban todas sentadas en las puertas o tras las rejas de los balcones gozando quietamente de la fresca brisa vespertina que mecía como seda los faroles suspendidos en las puertas de las casas.”⁵⁹ Sobre la misma costumbre trasladada a León y desde sus balcones —altos y anchos—, “tras ellos hay asientos que por las tardes y las noches ocupan señoras que allí reciben sus visitas y devuelven los saludos de sus amistades que pasan por la acera. El galán pasa enfrente y rinde pleitesía sin entrar, costumbre que en las primeras horas de la noche da a las calles un aire de esparcimiento y alegría. Suele a veces aquél llevar su guitarra, y cuando la conversación decae, entonar una canción.”⁶⁰

Aunado a la anterior costumbre, también está la de “piropear,” de la que se da el siguiente testimonio: “A menudo el galante caballero arrienda su caballo hasta el pie del balcón para soltar un piropo a las bellas ocupantes, y le corre a la bestia disimuladamente en los ijares las espuelas para hacerla caracolear y despertar admiración.”⁶¹

Tal como ya se apuntó y que muy acertadamente analiza Coronel Urtecho, al estudiar el momento de transición econó-

58 Squier, op.cit., p. 100.

59 Squier, op.cit., p. 122.

60 Squier, op.cit., p. 199.

61 Squier, op.cit., p. 199.

mica que en tal fecha se estaba viviendo; producto —entre otros— del desarrollo del intercambio comercial interno y externo, con su consecuente acumulación de capital; fue “el hecho, común allá, de que en las mejores casas tuviesen una tienda en la pieza de la esquina, o en alguna otra de los costados del jardín, o de los cánones sociales y del decoro, dirigir las operaciones comerciales en caso de necesidad. En realidad, estas tiendas están generalmente supervigiladas por la esposa del propietario a la que se ve sentada en una mecedora detrás del mostrador, costura en mano, y hasta cuando hay visitas en la sala es cosa usual que la dueña de la casa tenga, a través de una puerta estratégica, puesto el ojo en lo que pasa en la tienda.”⁶² Este hecho por lo común y usual en tal momento se convirtió —en determinado sector social— en una costumbre hogareña, paralela al de los quehaceres domésticos, diríase que pasó a ser uno más de ellos.

La cortesía en la Nicaragua del siglo XIX se hizo costumbre, expresada, entre otras muchas formas, en la continuidad que “de acuerdo a la costumbre del país, pagamos las visitas del día anterior.” Esta costumbre en buena medida era una manera de diversión social, para mitigar el tedio y aburrimiento de la vida cotidiana de entonces, sin cine ni televisión.

Otra costumbre generalizada en el país era el que las mujeres, en su mayoría, fumaban, y tal acción estaba ligada a la cortesía de obsequiar los mismos cigarros a los invitados, así como a las costumbres del buen comer. En una de tantas ocasiones, refiere Squier que: “Todas, [refiriéndose a las mujeres] sin embargo, estuvieron muy atentas y nos obsequiaron cigarrillos, y hasta trajeron carbones encendidos en un bracerillo de plata para prenderlos.”⁶³

Continuando con la clasificación de las costumbres sociales, tenemos las referidas al esparcimiento, recreación, diversio-

62 Squier, op.cit., p. 101.

63 Squier, op.cit., p. 181.

nes correspondientes al uso del tiempo dedicado al ocio. Entre las principales sobresalen, aparte de las fiestas patronales, los paseos al mar, de largo aliento; con preparativos, recorridos en carretas y ligados a la época calurosa en Nicaragua. Sobre esta costumbre Squier da testimonio de la realizada en León en el balneario de Poneloya, que aún se conserva, aunada a la celebración de la Semana Santa, comercialmente conocida como temporada de verano y que trasciende a nivel nacional.

He aquí lo referido por Squier: “De entre las diversiones favoritas de los nicaragüenses —o más bien de los habitantes de León y sus alrededores— quizá valga más la pena hablar del ‘paseo al mar,’ es decir, de la visita que anualmente se hace allá en el verano a los balnearios de las costas del Pacífico... Esa es allá en Nicaragua la época de los galanteos y coqueteos colectivos, y también individuales. Es, en resumen, el alegre festival de San Cupido, cuyos devotos, en todo el mundo, parecen ser más fieles y fervorosos que los de cualquier otro santo del calendario.”⁶⁴

Y continúa Squier:

Varias veces durante el invierno oí alusiones al paseo al mar, sin entender claramente de que se trataba. Sin embargo, cuando entró el verano las alusiones fueron más frecuentes y precisas, y ya para mediados de enero el tema del paseo era el eje de toda conversación. Los semidesnudos muchachos de la calle parecían vigorizados por el ambiente migratorio; y hasta mi venerable cocinera inició una serie de insinuaciones diplomáticas tendientes a averiguar si yo creía en el aforismo de que ‘a donde fueres haz lo que vieres,’ y, por tanto, si me agregaría al éxodo general... El paseo, sin embargo, no se efectuaría sino hasta con la luna de marzo, dos meses más tarde. Para ese entonces la temporada de verano ya se hace sentir... En fin, las condiciones para realizar un paseo al mar son todas óptimas...

64 Squier, op.cit., pp. 457-67.

Los primeros preparativos comienzan durante la semana anterior al primer creciente de la luna. En esos días se inicia el movimiento general de carretas y sirvientes con rumbo al mar, y el gobierno destaca a un oficial y varios soldados a vigilar la construcción de las enramadas en la playa... Las familias... construyen enramadas provisionales de cañas y palmas de coco, y tienden petates en el suelo. El techo y las paredes se atan con bejucos o se tejen igual que las cestas, haciéndose en la misma forma las divisiones de los cuartos, o bien mediante cortinas de géneros de algodón a colores... Las damas más lujosas llevan al mar sus camas de cortinajes ricamente bordados y no escatiman hacer derroche de elegancia en el arreglo de sus improvisadas viviendas. En la parte exterior, siguiendo el trazo de sus residencias urbanas, se construye una especie de ancho u abierto cobertizo con visos de corredor. Allí es donde se cuelgan las hamacas, come la familia, se reciben visitas y duermen los hombres... la clase de enramada aquí descrita, claro está, es de las que levantan los paseantes más opulentos, o sea de la alta sociedad. Pues las hay de toda categoría, hasta aquellas de los peones y sus mujeres que tienden sus petates al pie de un árbol y entrelazan unas cuantas ramas sobre sus cabezas; cuestión que les lleva sólo diez o doce minutos. Y aún hay quienes hasta rehusan hacer tal esfuerzo y se acurrucan en la limpia arena seca...

Uno o dos días después los preparativos estaban en su apogeo: caballos, mulas y carretas fueron todos puestos en servicio... Se había acordado bailar en la playa a la luz de la luna, y para cuando el baile decayese se tenían en mente otras diversiones... En los intervalos del baile se encendían los puros y los cigarritos, y a eso de las once —cuando la animación parecía decaer— la idea de un juego de prendas fue clamada por unanimidad... Los estatutos del paseo prescriben una hora de baño por la mañana antes

del desayuno... La fuerza del sol comenzó a hacerse sentir a las diez de la mañana; vino enseguida la jícara de tiste o una taza de chocolate, y a continuación un juego de naipes en los corredores... Cuando una semana después regresaron las señoras, se me dieron los pormenores de todo lo relativo a lances de amor y proyectados casamientos.

Entre las restantes diversiones sobresalen la pelea de gallos, el juego de cartas, asistir a las corridas de toro, poner serenatas, y dar paseos a caballo. Sobre los juegos de gallo, refiriéndose a los que se daban en la ciudad de León, dice:

No hay diversiones permanentes, salvo la gallera, que abre todos los domingos por la tarde. Siempre se llena, pero es poca la gente de la mejor sociedad que va a ella.

Siempre sobre León y las diversiones;

Hay en León algunas salas de billar que están siempre repletas, pero que no son muy elegantes ni limpias que se diga.⁶⁵

La costumbre sobre los juegos de azar, es en relación a los juegos de gallos, menos extendida; sobre éstos nos dice Squier:

La pasión por los juegos de azar es general entre los españoles e hispanoamericanos, pero en Nicaragua es más recatada y quizá menos común que en la mayoría de los países hispanos. Mas con todo y eso supe de casos en que durante mi residencia en el país miles de dólares pasaron de una mano a otra en una sola noche. El juego universal allá es el bien conocido monte...

y sigue refiriéndose a León,

65 Squier, pp. 255-6.

*En la Calle Real existe un garito autorizado, el único creo en la ciudad, que se llama 'Casa de Juego'; por las noches se llena de gente de las más bajas capas sociales. El juego, pues, como podrá deducirse por la ralea de sus aficionados, tiene allá un ambiente de 'reales sucios.'*⁶⁶

Continuando sobre las costumbres que se han denominado diversiones o recreativas —ligadas a las celebraciones religiosas— está el asistir a las corridas de toro:

Fuimos allá por la tarde y vimos una alta y fuerte barrera levantada en la plaza, más un toril comunicado con aquella por un estrecho pasadizo construido con gruesas varas. El techo y las torres de la iglesia rebosaban de gente, mujeres en su mayoría, y había también una banda de música. Sobre las varas de la barrera se revolvían avisperos de muchachos semidesnudos, y afuera había gran número de montados que, sentados en sus caballos, podían ver bien la corrida... Los músicos mantenían un estridente bullicio, pero el populacho, impaciente ya por haber esperado demasiado, hizo uso de su privilegio universal pidiéndoles que dejaran de hacer ruido, y al presidente de los festejos que ordenara sacar los toros. Inmediatamente quitaron las trancas del toril y un jinete salió de allí tirando de un lazo, en cuyo otro extremo venía apersogado por los cuernos un enorme toro negro.

Galopó el jinete llevando diestramente al toro, que ya estaba hecho una fiera, hasta el centro del ruedo donde mediante una serie de hábiles maniobras lo amarró a un bramadero contra el cual le pegó la testuz. Luego se acercaron tres o cuatro hombres, y con muchas mañas y dificultad le pusieron una albarda que le cincharon con fuer-

66 Squier, p. 256.

za. Le ataron luego triquitraques y bombas en los cuernos y la cola, y se pidió un voluntario que quisiera montarlo... Montó ágilmente, y afianzándose lo mejor que pudo, se prendieron las bombas y triquitraques, y se soltó el lazo... Tres o cuatro jinetes armados de varas que en un extremo tenían un gallardete rojo y en el otro un chuzo, corrían hacia el toro mostrándole el primero ante los ojos y clavándole el segundo entre los flancos. Cuando los bombazos comenzaron a estallar el toro dejó de embestir a determinados objetos para lanzarse a la loca de un lado para otro, y sacó de la albarda al que lo jineteaba revolcándolo en el suelo, donde creí que lo iba a matar; pero el hombre se levantó rápidamente, más asustado que golpeado, encastrándose como pudo en la barrera ante el escarnio de la plebe que por lo visto hubiera preferido verlo muerto o por lo menos con dos o tres costillas rotas... Y no pudiendo dar el toro más de sí, el avispero pidió que se lo llevaran. Uno de los montados lo lazó y lo sacó del ruedo... Es imposible describir la excitación de la multitud durante los momentos más álgidos de la corrida; hay quienes hasta patalean y dan saltos, y todos chillan con delirio. Cuando al toro se le agotan los bríos gritan: ¡Saquen esa vaca vieja!, y lo apedrean desde la barrera.⁶⁷

En fin las costumbres de manera general en el país, tanto las urbanas como las rurales, eran muy sencillas, estaban ligadas a la naturaleza, tenían un sabor provinciano y buena parte de ellas estaba amalgamada por una religiosidad, cotidiana, procesional, festiva y todas ellas eran fiel reflejo socio-cultural de la época.

67 Squier, pp. 257, 258.

BIBLIOGRAFÍA

- ARELLANO, JORGE EDUARDO:** *Granada Aldea Señorial*, Fondo Editorial CIRA, Managua, Nicaragua, 1999.
- AVILÉS AVILÉS, JIMMY:** *Granada en el Libro de Squier*, La Piedra Bocona, año II, no. 2, dic. 92-enero 93, pp. 28-30.
- BARBERENA PÉREZ, ALEJANDRO:** *Granada 450 Años*, Imprenta Nacional, Managua, Nicaragua, 1974.
- BELLI CORTÉS, ENRIQUE:** *50 Años de vida republicana 1859-1909*, Managua, Nicaragua, 1998.
- CALHOUN, CRAIG, DONALD LIGHT, SUZANNE KELLER:** *Sociología*, McGraw-Hill-Interamericana de España, Madrid, España, 2000.
- CORONEL URTECHO, JOSÉ:** "Observaciones sobre dos casas antiguas," *Revista Conservadora*, vol. 8, no. 43, abril 1964, pp. 21-4.
- CUADRA PABLO ANTONIO:** "Medio Real. Estudio de un 'Tipo' nicaragüense descrito por Squier," *La Prensa*, 31 de mayo 1970.
- FITCHER, JOSEPH:** *Sociología*, Biblioteca Herder, Barcelona, España, 1969.
- GARCÍA CANCLINI, NÉSTOR:** *Las Culturas Populares en el Capitalismo*, Casa de las Américas, La Habana, Cuba, 1982.
- HERRERA, MIGUEL ÁNGEL:** *Bongos, bogas, vapores y marinos*, Centro Nicaragüense de Escritores, Managua, Nicaragua, 1999.
- INCER BARQUERO, JAIME:** *Nicaragua en el siglo XIX vista por E.G. Squier*. Edición conmemorativa de los 150 años de la llegada de E.G. Squier a Nicaragua. Banco Central de Nicaragua. Managua, Nicaragua, 1990.
- . *Viajes, rutas y encuentros*. Editorial Libro Libre, San José, Costa Rica, 1990.
- INKELES, ALEX:** *¿Qué es la Sociología? Introducción a la ciencia y a la profesión*, UTEHA, México, 1977.
- MEJÍA SÁNCHEZ, ERNESTO:** *La mujer nicaragüense en los cronistas viajeros*, Cuadernos del Taller San Lucas, Talleres Salesianos, Granada, Nicaragua, 1942, pp. 137-76.
- PALMA, MILAGROS:** *Revolución Tranquila de Santos, Diablos y Diablitos*, Editorial Nueva América, Bogotá, Colombia, 1988.
- . *Por los caminos míticos de Nicaragua*.
- SQUIER, E.G.:** *Nicaragua, sus gentes y paisajes*, Editorial Universitaria Centroamericana (EDUCA), Imprenta Trejos Hnos., San José, Costa Rica, 1970, Traducción de Luciano Cuadra. (Original en inglés: *Nicaragua; its people, scenery, monuments, resources, condition, and proposed canal; with one hundred original maps and illustrations*, Harper & Brothers, New York, 1860).

COSTUMBRES NICARAGÜENSES

- . La casa de don Federico Derbyshire, *Boletín Nicaragüense de Bibliografía y Documentación*, Banco Central de Nicaragua, 2ª época, no. 67, mayo-junio 1991, pp. 77-8.
- . “Costumbres religiosas de León en el siglo pasado,” *Boletín Nicaragüense de Bibliografía y Documentación*, 2ª época, no. 57, mayo-julio 1988, pp. 39-44.
- ZEPEDA-HENRÍQUEZ, EDUARDO:** *Mitología nicaragüense*, Editorial Manolo Morales, Managua, Nicaragua, 1989.